

EN INCIERTA BATALLA

Walter Laquer

"Plural" — N° 53 — febrero 1976

Durante la década pasada, la guerra de guerrillas se deslizó del campo a las ciudades, de la "guerra del pueblo" y el énfasis en la propaganda política al "Chacal" y a una concentración en el terror. El deslizamiento no ha tenido mucho éxito. Marighela, el autor del famoso Minimanual, ya no está con nosotros; los Tupamaros, el Front de Libération du Québec y los Weathermen se han convertido en tema de la investigación histórica; los Panteras Negras se dedican al trabajo de la comunidad y Eldridge Cleaver, después de unos pocos años en Argelia, ha descubierto que su "Babilonia" natal no es tan mal sitio después de todo. El Che Guevara y Lin Piao, los principales protagonistas de la ilimitada guerra de guerrillas en los años sesenta, han muerto, y Régis Debray está de regreso en París como ayudante de confianza de Francois Mitterand: es un eco lejano del joven entusiasta que escribió que "para un revolucionario, la vida en la ciudad es un acto de traición objetiva". Pero si el sueño de "uno, dos, muchos Vietnam" no se ha hecho realidad, sería aún demasiado prematuro, en el presente estado del mundo, descartar totalmente a la guerrillas.

En sus varios disfraces ("revolucionaria", "subversiva" y "moderna", incluyendo a las "guerras de liberación nacional"), la guerra de guerrillas ha sido estudiada intensamente por más de un cuarto de siglo, pero queda mucho trabajo por hacer. No es seguro que estemos ahora más cerca de entender por qué, cuándo y dónde ocurren las guerrillas, y por qué triunfan o fracasan. Al principio, el tema aparecía directamente, y las cuestiones relacionadas con él estaban muy claramente delimitadas. Es verdad, ciertamente, que los principios de la estrategia guerrillera eran pocos y fáciles de entender, y que no han cambiado mucho a través de las

épocas. Pero los factores políticos, geográficos, sociales y culturales que condicionan la conducta de la guerra de guerrillas varían tan ampliamente de país a país, que la mayoría de los sociólogos y científicos de la política, desesperados, han renunciado. Las generalizaciones sobre la guerra de guerrillas son, habitualmente, excesivamente vagas o excesivamente equivocadas. Un tanque es un tanque, pero un grupo guerrillero no es necesariamente igual a otro. Boris Goldenberg observó una vez que, por su carácter único, la Revolución Cubana era el tema para el historiador, no para el sociólogo; lo mismo se aplica a la mayoría de las guerras de guerrillas. Es verdad que hay algunas pautas comunes. Por ejemplo, muchos de los principales guerrilleros han escrito poesía—Denis Davidov, Mao, Ho Chi Minh y, más recientemente, el doctor Agostinho Neto, el líder del Movimiento de la Libertacao de Angola— pero no es muy claro lo que esto prueba, excepto quizás que haya un elemento de romántica imaginación byroniana en la guerra de guerrillas, algo, por otra parte, ya observado por un colaborador del Royal United Services Journal desde 1901.

En la literatura sobre la guerra de guerrillas se ha puesto mucho énfasis en la organización, el código operacional y la manipulación psicológica, pero se ha descuidado casi por completo la historia, y esto ha tenido consecuencias infortunadas, pues se ha llevado a muchos estudiosos del tema a creer que la guerra de guerrillas fue inventada y codificada por Mao; y puesto que Mao era marxista, toda una generación de generales franceses y coroneles norteamericanos llegaron a ver al marxismo como la clave para los acontecimientos en Indochina, Colombia, Argelia y otras partes del mundo. Las obras de Marx, Engels y Lenin fueron diligentemente exploradas por sus "obiter dicta" sobre la guerra, y en especial sobre la "guerra interna"; el hecho de que estos autores rara vez se refirieran a la guerra de guerrillas, y casi siempre en términos poco halagadores, no consiguió apagar el entusiasmo. Tampoco se registró el hecho de que, en nuestra época, muchas guerras de guerrillas dirigidas por comunistas fracasaran, de Grecia a Malaya y las Filipinas; mientras que algunas guerras de guerrillas que no tenían absolutamente ninguna conexión con el comunismo han triunfado.

En este aspecto, como en otros, se ha desarrollado algo así como un consenso entre los defensores de la doctrina

guerrillera y los ideólogos de la contrainsurgencia. De acuerdo con el científico político radical Eqbal Ahmad, la violencia organizada raramente estalla, y nunca triunfa, si el gobierno hace un esfuerzo genuino y oportuno para satisfacer los agravios de la gente y responde al desafío de la modernización. Sólo los regímenes reacios a satisfacer aspiraciones populares pierden legitimidad; y esto desemboca en aislamiento moral, deserción de intelectuales y moderados, y apoyo popular a las guerrillas. La misma teoría de la virtud recompensada aparece también en el Field Manual 31-15 del Ejército de los Estados Unidos: "La resistencia empieza a formarse cuando aparece la insatisfacción entre individuos fuertemente motivados que no pueden llevar adelante su causa por medios pacíficos y legales". Como si no hubiera insatisfacción en toda sociedad conocida, ni gente incapaz de, o reacia a, promover su causa por medios pacíficos. No hay una "escala de agravios" para medir la intensidad del descontento, y si la hubiera, no hay una conexión obvia con la incidencia de la violencia organizada.

La guerra de guerrillas estalló en Cuba a pesar del hecho de que el país estaba mucho mejor que la mayor parte de América Latina y no experimentaba más tensiones que cualquier otro sitio. Las guerras de guerrillas en Yugoslavia, Albania, Grecia o el Medio Oriente tenían poco que ver con la modernización; ni fue este el motivo en Ulster o Argelia. Hay un número grande y creciente de gobiernos en el mundo que pueden permitirse desatender las aspiraciones populares sin temer un "aislamiento moral" o la deserción de moderados e intelectuales. La guerra de guerrillas es efectiva sólo contra regímenes liberaldemocráticos o gobiernos anticuados, incompetentes y autoritarios; tiene poca oportunidad, si tiene alguna, contra una moderna dictadura más o menos eficiente que no se preocupe demasiado por su persuasión ideológica. Los movimientos guerrilleros han tenido que pagar caro por ignorar esta regla elemental, mientras que los expertos occidentales en contrainsurgencia han cometido a menudo el error básico de defender modos y medios de hacer frente a las guerrillas que sólo las dictaduras aplicarían.

El estudio de la guerra de guerrillas está lleno de trampas, como la creencia de que es un fenómeno muy reciente. De hecho, la guerra de guerrillas es tan vieja como los montes, y precede a la guerra convencional. Asimismo, la doctrina de la guerra guerrillera data de mucho más tiempo

atrás de lo que generalmente se cree. Robert Asprey, autor de una nueva historia de la guerra de guerrillas en dos volúmenes; *War in the Shadows*, no tiene en alta estima a Clausewitz ("pomposa presentación", "altamente abstruso", "nubes kantianas (sic) de teoría"), y lamenta de paso que Clausewitz no amplíe su reflexión al tema de la guerra de guerrillas. Pero en realidad Clausewitz llenó muchos cuadernos de notas con sus observaciones sobre la materia; sin embargo, no son parte de "Sobre la guerra" y consecuentemente Mr. Asprey no ha oído hablar de ellos. Se ha argüido que las clásicas guerras de guerrillas del siglo XIX —de la Vendée a la Guerra Boer— fueron todas de carácter "derechista" y que sólo en la segunda mitad del siglo XX la doctrina guerrillera se unió con la política revolucionaria. Pero una observación más atenta muestra que no todas las guerras de guerrillas del siglo pasado fueron tan "reaccionarias", y que las más recientes no eran tan revolucionarias; patria o muerte ha sido igualmente lema de reaccionarios y revolucionarios. El concepto básico de la guerra de guerrillas como un instrumento, por igual, de la liberación nacional y social puede rastrearse desde la década de 1830; se encuentra, por ejemplo, en el *Trattato* de Carlo Bianco, Conte di Saint Jorioz, discípulo de Buonarrotti y amigo de Mazzini.

Interpretaciones erradas han prevalecido también respecto al papel de la doctrina guerrillera. Ciertamente, debería ser tomada muy seriamente, debería de estudiarse —pero no acriticamente. Los teóricos de la guerrilla han escrito centenares de libros acerca de la "aproximación correcta", sobre las guerrillas rurales, versus guerrillas urbanas, sobre condiciones "objetivas" y "subjetivas", sobre el lugar de la vanguardia y el papel de las masas en la lucha armada. No todos estos libros contienen perlas de sabiduría, no todos dicen la verdad. Algunas de las más prolongadas y sangrientas guerras de guerrillas, como las de Argelia, el Medio Oriente o Ulster, produjeron pocas reflexiones teóricas sobre el tema. El general Giap puede ser un gran dirigente militar pero no hay una sola idea nueva en sus escritos. Los kurdos pelearon durante veinte años y sabían todo lo que había que saber acerca de la guerra de guerrillas, aunque Mulla Mustafá Barzani probablemente no leyó nunca un libro sobre el tema.

Algunos movimientos guerrilleros casi inexistentes, por otro lado, han sido muy fuertes en la teoría. Los escritos de Guevara y los discursos de Fidel Castro contienen mucho de

interés, pero como una guía a lo que realmente sucedió después del desembarco del Granma no son dignos de la menor confianza, pues los revolucionarios cubanos entraron en la lucha con una ideología y emergieron de ella con otra. O para ser precisos, mientras combatían dieron poca importancia a la teoría; lo único que importaba era la lucha revolucionaria. Como dijeron los Tupamaros: "Las palabras nos dividen, la acción nos une". Lo que ahora se conoce como castrismo-guevarismo es producto de la década de 1960, cuando esos dirigentes se convirtieron a una nueva doctrina política. En esta doctrina no hay nada que muestre que Castro y sus camaradas no intentaron originalmente conducir una guerra de guerrillas, que las "masas" jugaron una parte insignificante en la lucha, que, hablando en general, no había mucho combate, y que el régimen de Batista se derrumbó porque estaba podrido hasta su médula. La doctrina castrista no admite que había relativa prosperidad en Cuba en esa época y aun relativa libertad: la primera exhortación de Castro, desde la Sierra Maestra, para un levantamiento, fue reimpressa en ese momento por la prensa de La Habana. Por otro lado, la versión oficial menosprecia, o ignora por completo, algunos de los factores que tenían verdadera importancia, tales como la inteligente manipulación de Castro de los medios de difusión (inclusive la prensa extranjera y la televisión), el hecho de que recibieron una decisiva ayuda financiera de los círculos "burgueses" dentro y fuera de Cuba, y de que los Estados Unidos finalmente se volvieron contra Batista, imponiendo un embargo de armas. La importancia de la lucha revolucionaria en las ciudades de Cuba, que significó más combates y exigió más víctimas, no se reconoce.

Cuba quizá es un caso extremo, pero tampoco en otros sitios han coincidido la práctica y la teoría guerrilleras. Las organizaciones palestinas introdujeron algunas innovaciones en la guerra de guerrillas, como lanzar ataques fuera de Israel y secuestrar aviones. Uno busca en vano elaboraciones sobre esta estrategia en su doctrina, que trata en cambio de abstracciones tales como "formación de las vanguardias revolucionarias" y "fases de maduración revolucionaria". Lo que los modernos movimientos guerrilleras refieren acerca de sus antecedentes sociales pertenece, con demasiada frecuencia, al reino de la fantasía; sintiéndose obligados, bajo coacción ideológica, a enfatizar la parte de los obreros y campesinos, invariablemente exageran el papel de éstos.

La exageración a propósito de las proezas militares de los guerrilleros es todavía más frecuente. En todas las guerras, hay una tendencia de los guerrilleros a exagerar el monto del daño y el número de bajas infringidas al enemigo, y aun en condiciones ideales de verificación es por lo general difícil. Pero las exageraciones perpetuadas en informes sobre la guerra de guerrillas están en una clase aparte. Denis Davidov, que peleó con los cosacos en la retaguardia del ejército napoleónico, admite candorosamente: "Siempre exageramos..." Las generaciones subsecuentes de guerrilleros han sido menos ingenuas. Si el número total de bajas alemanas reclamadas por los diversos movimientos de resistencia en Europa durante la Segunda Guerra Mundial fuera correcto, para no mencionar el daño a las carreteras y vías férreas alemanas y los pertrechos y provisiones destruidos, Hitler hubiera tenido que rendirse a más tardar en 1943.

Afirmaciones igualmente irrealistas se hicieron respecto a la guerra guerrillera en China, de acuerdo con Mark Selden: "Por vez primera en un siglo la fuerza armada de una potencia industrial fue combatida hasta detenerla, sus sueños imperiales fueron destruidos, por un pueblo en armas." Es verdad, ciertamente, que en 1937 Japón era un poder industrial de consideración, pero la importancia militar de su principal industria, (los textiles) era estrictamente limitada; su industria pesada estaba aún en la infancia y su participación en la producción industrial mundial era pequeña. Para poner sólo un ejemplo: en 1937 Japón producía 10.000 autos y camiones al año —no exactamente el rendimiento total de una superpotencia industrial. Los sueños imperiales japoneses fueron destrozados no en China, sino en otros frentes. De hecho, Japón mantuvo pocas tropas en China, (sin considerar Manchuria); y de ellas, sólo un cuarto operaba contra los comunistas. El número de bajas japonesas sólo en las Filipinas excedió con mucho a las sufridas a manos de las fuerzas de Mao, que las combatieron muy poco después de 1940.

La imagen que emerge de los escritos oficiales chinos es totalmente diferente. Los comunistas chinos estaban enfrascados en un combate constante contra los invasores japoneses; su ejército enfrentaban (estratégicamente) a un enemigo abrumadoramente fuerte, y la mayor parte del esfuerzo japonés de guerra estaba dirigido contra Yenán. De hecho, los comunistas consagraron la mejor parte de su tiempo y esfuerzos a combatir al Kuomintang (y viceversa), y hacia 1940

eran ya numéricamente superiores a los japoneses, aunque sus armas y equipos eran por supuesto inferiores. Los comunistas chinos mostraron gran coraje y una admirable tenacidad en sus combates, apenas recibieron ayuda del exterior y tuvieron líderes dotados que en cualquier sentido se comparaban favorablemente con sus rivales políticos. Sobre todo, ganaron la guerra. Pero esto no significa que los informes oficiales de su guerra de guerrillas puedan ser tomados como válidos, y que no haga falta desde hace tiempo una pequeña desmitologización.

Los rusos no han sido demasiado entusiastas sobre el surgimiento de la guerra de guerrillas en varios continentes, y es fácil ver por qué. En principio, no se oponen a la lucha armada ni han estado muy preocupados por el hecho de que los grupos "voluntaristas" de extrema izquierda estén dirigidos, por lo general, por intelectuales de origen "pequeño-burgués", (lo cual, incidentalmente, es un insulto gratuito, pues no pocos tienen antecedentes impecables en la alta burguesía). Lo que, en suma, preocupa a los rusos es cómo mientras muchos grupos guerrilleros han hecho suya ciertas técnicas organizativas leninistas (el papel del partido) y teorías (el anti-imperialismo), han desechado o despreciado otras. Los rusos han tenido grandes dificultades con dirigentes guerrilleros victoriosos. En la famosa disputa ideológica con los chinos al inicio de la década de los años sesenta, los rusos se quejaron de que sólo había que escarbar un poco en las guerrillas comunistas para descubrir que eran ferozmente nacionalistas; los guerrilleros disputaban la legitimidad del liderazgo soviético y siguieron políticas contrarias a los intereses soviéticos.

La queja de los rusos acerca del carácter nacionalista del guerrillerismo está, por supuesto, bien fundada. Si la experiencia de los movimientos guerrilleros en décadas recientes ha demostrado algo, ello es seguramente que triunfan por lo general con gran facilidad si combaten contra gobernantes extranjeros, aunque parezcan muy fuertes, pero que difícilmente vencen a su propia gente, excepto en épocas de gran desorden o guerra general. La inspiración básica siempre es nacionalista; los guerrilleros no marchan al compás de la "internacional". A menudo hay una mezcla de ideas nacionalistas y radicales: "nacionista", "socialista", "revolucionario" y "antimperialista" son usados como sinónimos, y si un movimiento de este tipo acepta la retórica política de la "izquier-

da" o de la extrema "derecha", ello depende de modas políticas e intelectuales —o quizá de accidentes históricos. Como una vez dijo Fidel Castro acerca de sus antiguos compañeros de armas ("jóvenes movidos por un anhelo natural y por la leyenda de una época heroica"): "Muchos de aquellos que murieron como gangsters hoy serían héroes".

El comunismo tuvo una profunda influencia en las guerrillas de Asia, Africa y América Latina, cuando se alió con los movimientos nacionales en esos lugares, pero con el tiempo estos movimientos no sólo se desviaron del marxismo en puntos esenciales; hicieron a Marx lo que Marx había hecho a Hegel: lo pusieron de cabeza. Ni qué decir tiene que esas doctrinas políticas están limitadas a modificarse a la luz de nuevos desarrollos, y los marxistas en particular siempre han dado importancia a la necesidad de "aplicar creativamente" su método. Pero si los cambios son arrolladores, y si demasiados principios básicos son abandonados, tarde o temprano se llega al punto en que el viejo membrete no corresponde más al nuevo contenido; en que, de hecho, la vieja terminología se convierte en fuente de malentendidos y ofuscación.

* * *

Régis Debray se dio a conocer a un público amplio cuando a los veintiséis años, escribió un brillante ensayo: Revolución en la Revolución. Provenía de una familia francesa acomodada, era normalista y había enseñado filosofía por un corto tiempo antes de llegar a América Latina. Se convirtió en el intérprete semioficial del castrismo guevarismo: la clase trabajadora urbana, (sin exceptuar al Partido Comunista) era, según él la veía, un elemento conservador. Las condiciones de vida en las ciudades eran fundamentalmente diferentes de las que preveían en el campo, hasta los mejores camaradas se corrompían en la ciudades. El movimiento guerrillero era el verdadero proletariado, aun si sus antecedentes sociales no eran para nada proletarios. La ciudad era el lugar donde se hacía la política, el campo la escena de la acción revolucionaria; los guerrilleros, no hacía falta decirlo, querían alejarse de la política urbana. Debray creyó originalmente que sería posible hacer triunfar sobre casi todos los partidos comunistas la idea de la lucha armada y que esto llevaría, por necesidad, al reemplazo del liderazgo de la vieja guardia comunista, (meros políticos) por líderes más jóvenes, más

dinámicos y de espíritu más revolucionario. Después de las derrotas en Venezuela y otros lugares, tendió a eliminar por completo a los comunistas. La revolución en América Latina sería hecha, como dijera Castro, "con o sin un partido". El liderazgo guerrillero constituiría la nueva vanguardia: "El foco guerrillero es el partido en embrión".

El librito de Debray causó un escándalo y provocó muchas adhesiones. Fue acusado de "liquidar" la teoría, de no presentar un detallado análisis marxista de clase, de no tomar en cuenta peculiaridades locales, de tener un modelo erróneo de revolución. Se le señaló que la lucha armada no era una panacea, que el combate no une a los revolucionarios, que los revolucionarios urbanos realmente no disfrutaban una dulce vida, que era un "ultra voluntarista", un elitista receloso de las masas. Algunas de estas críticas eran indudablemente válidas. Mientras Debray, y sus amigos admitían en principio la existencia de "peculiaridades nacionales", en la práctica prestaban escasa atención a ella, creyendo que el modelo cubano era igualmente aplicable a Honduras y Brasil.

Algunas críticas eran válidas pero irrelevantes; todos los dirigentes revolucionarios son elitistas aunque algunos lo admiten más abiertamente que otros. Otras acusaciones eran ajenas al punto; un análisis marxista de clase, aunque sea interesante per se, no es, como lo demostró la experiencia cubana, una guía para la posibilidad de revolución en América Latina. Si algo demostró la experiencia cubana, fue como el "factor subjetivo" era de importancia decisiva; que la guerra revolucionaria era una competencia de voluntad. Si Batista perdió los estribos mientras Castro rezumaba una suprema confianza en sí mismo, esto tuvo poco que ver con las tensiones de la sociedad cubana. Los marxistas ortodoxos argüirían que cuando mucho la constelación cubana ha sido única y era improbable que volviera a ocurrir en otra parte; infortunadamente desde su punto de vista, la excepción ha triunfado, mientras que movimientos guerrilleros que operaban en condiciones objetivamente mejores han fracasado.

Sin embargo, el intento de crear "uno, dos, muchos Vietnam" (o Cubas), en América Latina también fracasó; el espíritu revolucionario de 1960-65 se desvaneció y en su lugar hubo cismas internos, polémicas interminables y recriminaciones mutuas. Castro, que había atacado duramente a los partidos comunistas porque la mayor parte de ellos no opta-

ron por la lucha armada, se vio a sí mismo, hacia 1970, como blanco de cargos similares. Douglas Bravo, el líder guerrillero venezolano, arguyó que Cuba se había retirado, sacrificando la causa revolucionaria en favor de su desarrollo económico. Cuba, protestó, había rehusado desatar una guerra; Cuba se hubiera perdido en esa guerra, pero los revolucionarios cubanos hubieran sido capaces de llevar la lucha revolucionaria a otros países latinoamericanos. Sin embargo, los dirigentes cubanos no estaban dispuestos a aceptar semejante consejo, y Debray, en "La crítica de las armas", tampoco simpatiza con él. Ahora ha renunciado a la mayoría de sus antiguas tesis; no estaban apoyadas en la experiencia. La teoría de los focos estaba cerrada en cuanto que había disociado el combate militar del político, la lucha clandestina de la legal. Un movimiento guerrillero sin una base social, aislado de la ciudad, está condenado. El entrenamiento político de los cuadros y el contacto con las masas es de suprema importancia. Uno tiene que regresar al ABC de los grandes maestros revolucionarios; fue un error leer a Lenin antes de estudiar a Marx.

Estos son, en suma, los nuevos descubrimientos de Debray. Para los celosos revolucionarios latinoamericanos que siguen creyendo en el "debrayismo", no tienen sino desprecio: "On croit être terriblement de gauche et on est terriblement de droite." Hay palabras duras: "la esquizofrenia como norma de organización es la última etapa de la megalomanía individual". No ve sino responsabilidad y delirio revolucionario en los pronunciamientos ultraizquierdistas de los revolucionarios latinoamericanos, y observa que la fase revolucionaria inicia su vuelo como la lechuza de Minerva: cuando cae la noche y cuando la revolución ha alcanzado el estado de agonía. Está dispuesto a exceptuar a los Tupamaros y a otros pocos de su crítica, y esto a pesar del hecho de que practicaban la guerra de guerrillas urbanas, que él había creído imposible, o en todo caso indeseable. De acuerdo con Debray, los Tupamaros eran los más inteligentes y políticamente sofisticados de todos los guerrilleros latinoamericanos. Pero también fueron derrotados.

El primer volumen de "La crítica de las armas" presenta las reflexiones de Debray sobre lo que estuvo equivocado en el guerrillerismo latinoamericano, y por qué; el segundo volumen trata con algún detalle la situación en Uruguay, Venezuela y Guatemala. Estas observaciones son ahora principalmente de interés histórico, pues el centro de la acción

guerrillera, entretanto, se desplazó a otros lugares. El tour de force de Debray en 1965, aunque atontado, mostró independencia intelectual. Mucho de lo que dice en esta ocasión ya ha sido dicho por otros, y a veces es un poco aburrido ver este proceso de aprendizaje con tanto detalle. Debray está ahora listo para mirar más allá de Lenin; algún día, acaso, estará dispuesto a reexaminar a Marx. Hasta el momento, la única crítica dirigida contra Marx es porque no estudió los asuntos latinoamericanos más de cerca y no escribió sobre ellos más a menudo, como si el pobre Marx no hubiera tenido ya suficiente campo que abarcar.

Si "El camino a Vietnam" hubiera sido un título adecuado para la historia de las guerrillas de Mr. Asprey, "La crítica de las armas" podría ser traducida satisfactoriamente como "La educación de Régis Debray". Habiendo renunciado a algunas ilusiones, es aún heredero de cierta tradición intelectual francesa que premia la abstracción y la vaguedad en política. Siempre es "la revolución"; nunca qué clase de revolución, y menos aún qué puede lograr... Cuando mucho esa revolución sería como la de Cuba, idea que, uno sospecha, ya no produce taquicardia paroxística entre Debray y sus amigos. Es cómo el (Debray) ha proporcionado una crítica de la lucha armada sólo en términos de victoria y derrota. Aparentemente, la idea de la derrota en la victoria no se le ha ocurrido y, así, su crítica es cualquier cosa menos radical.

* * *

Fritz Allemann, a grandes rasgos, comparte los puntos de vista de Debray sobre el sistema social tradicional de la mayoría de los países de América Latina, con sus desigualdades e ineficiencia. Sostiene que este sistema está condenado y, en su "Macht und Ohnmacht der Guerrilla", que hay tres caminos para cambiarlo: el guerrillero, que al menos por el momento ha fallado; la evolución pacífica; y las dictaduras militares según el modelo peruano. Allemann, uno de los comentaristas políticos más inteligentes de Europa, conoce América Latina desde la década de los años treinta, y ha estudiado de cerca al marxismo y el nacionalismo revolucionario en varias partes del mundo. A diferencia de Debray, no escribe sobre los movimientos guerrilleros como participante, pero, dadas las divisiones internas de la izquierda latinoamericana, puede que así sea mejor. Ciertamente, esto

da un mayor distanciamiento. A diferencia de Debray, Alle-
mann nunca se involucra en polémicas internas, y así no está
en peligro de perder la pista de los temas básicos y de los
principales problemas. Inicia su análisis con las campañas
guerrilleras de la década de los años veinte (la "columna"
de Prestes y la insurrección de Sandino), y luego trata la
historia de la violencia política en otros países latinoameri-
canos después de la Segunda Guerra Mundial, con el éxtasis
puesto en el contexto político general. Este es el mejor de
todos los libros disponibles sobre las guerrillas latinoame-
ricanas.

Ambos, Debray y Allemann, esperan a medias un resur-
gimiento de la guerra de guerrillas en América Latina. Pero
con la retirada de la democracia liberal en todo el mundo, la
guerra de guerrillas se ha vuelto más difícil. Las guerrillas
urbanas pueden paralizar un país, pero no pueden tomar el
poder; cuando más, abren la brecha para otras fuerzas. En
1961, se publicó un libro sobre los dilemas de la lucha de
liberación, aún más influyente que el ensayo de Debray. El
autor escribió que quienes han tomado parte en guerras de
liberación nacional "no permitirán a nadie que se autono-
bre "liberadores"... Tienen buen cuidado de no poner su
futuro, su destino o la suerte de su país en manos de un dios
vivo". "Que la revolution était belle sous l'imperialisme!" Si
viviera, Frantz Fanon estaría ahora trabajando en una "Crí-
tica de la violencia".

* * *

Régis Debray: La crítica de las armas. Tomo I. Vene-
zuela. A propósito de los Tupamaros. Guatemala. La guerrilla
del Che. Siglo XXI Editores. México. 1975.

Fritz Rene Alleman: Mach und Ohnmacht der Guerrilla.
R. Riper. Munich. 1975. 532 pp.